COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 285. ¿Cuánto dura la presencia eucarística de Cristo?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 285 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

¿Cuánto dura la presencia eucarística de Cristo?

La respuesta es: **«La presencia eucarística de Cristo continúa mientras subsistan las especies eucarísticas».**

Por una parte, cuando nosotros comulgamos, la verdad es que no sabemos con exactitud cuánto tiempo las especies del pan permanecen en nosotros sin disolverse. En cualquier caso, obviamente permanecerán un tiempo, y es un momento en el que la acción de gracias tenemos que vivirla con intensidad, porque sería una contradicción que, habiendo recibido a Cristo, incluso estando todavía en sus especies presentes en nosotros, perdamos conciencia de su presencia.

Hay por ahí una anécdota muy hermosa, y significativa, que se cuenta de San Juan de Ávila, quien era maestro de almas sacerdotales. Se comenta que le acompañaba un sacerdote que no era muy devoto y que, cuando terminaba la Eucaristía, salía inmediatamente sin hacer acción de gracias, yéndose a la taberna de enfrente. Entonces, San Juan de Ávila, queriendo darle una lección, le pidió a los dos acólitos —a los dos monaguillos— que cogiesen dos velas encendidas y que le acompañasen al sacerdote cuando salía de la iglesia sin haber dado gracias a Dios, o sea, que le acompañasen con dos velas. Imaginaos cuando vio ese espectáculo, que los monaguillos le estaban acompañando; se dio cuenta de que San Juan de Ávila le había enviado un mensaje: *si Cristo estaba dentro de ti, ¿cómo has terminado la Eucaristía de esa manera?* La acción de gracias, después de la comunión, es una consecuencia lógica de esta conciencia de la pervivencia de Jesús en las especies eucarísticas.

Lo mismo esta pregunta sobre cuánto dura la presencia eucarística de Cristo también hay que referirla al sagrario. Mientras que el pan que reservamos todavía continúe, está presente Jesucristo. No es una presencia para un tiempo determinado. La Iglesia nos suele pedir que renovemos las especies eucarísticas para que no se corrompan —pues eso está pedido por el Código de Derecho Canónico—, que en un tiempo razonable se renueve el pan eucarístico reservado en el sagrario para que no se corrompa.

Si aconteciese, que alguna vez ha ocurrido, que un pan se corrompe, se enmohece, o también incluso, a veces, porque un enfermo ha podido devolver con su vómito una parte del cuerpo de Cristo que había recibido; en esos casos, cuando se ha corrompido,

la Iglesia lo que hace es ese pan corrompido introducirlo en agua para que se disuelva plenamente y, una vez disuelto, pues verterla en las plantas. Es decir, tenemos conciencia de que tenemos que cuidar con pleno esmero, con pleno cuidado, la presencia real de Cristo, que se ha comprometido a estar presente mientras que las especies del pan y del vino continúen entre nosotros.

El Señor ha corrido un riesgo grande al quedarse entre nosotros, porque no siempre le atendemos bien, no siempre aprovechamos su presencia. A veces es una presencia ignorada. Hay sagrarios abandonados. No sé si conocéis la figura de San Manuel González, a quien le llamaron "*el obispo de los sagrarios abandonados*". Él fue obispo de Palencia antes de estar también en Málaga; la verdad es que tengo el honor de haber sido también obispo en Palencia después de él, antes de serlo ahora posteriormente en San Sebastián. A él se le representa con un sagrario en las manos. Le impresionó profundamente haber encontrado, cuando visitó en un pueblo, que había telarañas dentro del sagrario porque estaba abandonado, dado que Jesús estaba allí presente. Hay una presencia de Jesús entre nosotros que no estimamos, no valoramos suficientemente, siendo una llamada a todos y cada uno de nosotros.

El Santo Cura de Ars solía contar con frecuencia, para hacer esta catequesis eucarística, la historia de San Alejo. Se contaba que San Alejo era el hijo de una familia feudal, que se había marchado de casa porque quería vivir como un mendigo. Los padres habían perdido ya contacto y pensaban que su hijo habría fallecido. Él tomó aspecto de mendigo y, pasados muchos años, regresó al castillo sin que sus padres pudiesen reconocerle, pues tenía un aspecto totalmente transformado. Pidió hospedaje, viviendo como un mendigo dentro de ese castillo a cambio de encargarse de la limpieza y recibir comida. Sus padres le acogieron sin darse cuenta de que era su hijo. Vivía debajo de una escalera y, finalmente, aquel mendigo falleció. Cuando su madre estaba amortajando y preparando el cadáver de su hijo para enterrarle, se dio cuenta de que era su hijo no un mendigo. El Santo Cura de Ars solía contar cómo aquella madre dijo: "*¡Oh, hijo mío, qué tarde te he reconocido! Te he tenido aquí debajo de la escalera sin darme cuenta de que eras tú*". Y el Santo Cura de Ars refería esta historia de San Alejo para darnos cuenta de que también a nosotros nos va a pasar lo mismo: de que tenemos a Jesucristo presente en la Eucaristía y, cuando seamos llamados a la presencia de Dios, se nos va a reclamar: *"Pero si me has tenido al lado, me has tenido junto a ti, has tenido un sagrario que está bien cerca de tu casa y pasabas por delante sin darte cuenta de esa presencia eucarística"*.

Esta era la imagen que el Santo Cura de Ars, patrono de los párrocos, utilizaba para sus fieles: hacer caer en la cuenta de lo que supone que el Señor se haya comprometido a estar presente mientras que subsistan las especies eucarísticas, mientras que ese pan continúe presente. El Señor se comprometió a estar en él presente. La clave, la gracia de Dios que pedimos, es que sepamos disfrutar de su presencia, que sepamos vivir de ella.